

## LO QUE DIJO EL PAPA

Alfonso Milián Sorribas  
Obispo de Barbastro-Monzón

Es peligroso, y siempre injusto, pretender entender el pensamiento de alguien tomando una frase suelta de su discurso y no presentar el pensamiento entero. Una vez más, y en una cuestión tan delicada y llena de matices como es el problema del Sida en África, se ha hecho esto con el pensamiento de Benedicto XVI. Y la cosa se agrava cuando, desde esta parcialidad partidista y subjetiva, la Mesa del Congreso de los Diputados admite a trámite una proposición no de ley en favor de una iniciativa presentada por IU e ICV para reprobar públicamente las declaraciones de Benedicto XVI sobre el problema del Sida. La proposición se admitió a trámite gracias a los votos de los representantes del PSOE, CIU, PNV y de dos de los cuatro votos de los representantes del PP.

Para ser fieles a la verdad hay que dar a conocer entera la respuesta del Papa, cuando en el avión que le llevaba a África, le preguntaron sobre la posición de la Iglesia católica sobre la forma de luchar contra el Sida.

Después de decir que él pensaba que *«la institución más eficaz, más presente en el frente de la lucha contra el Sida es precisamente la Iglesia católica con sus movimientos y con sus diferentes organismos»*, añadió: *«Diría que este problema del Sida no puede superarse sólo con eslóganes publicitarios. Si no hay alma, si los africanos no se ayudan, no puede resolverse esta lacra con la distribución de profilácticos: antes bien, se corre el peligro de agravar el problema. La solución sólo puede hallarse en un doble compromiso: ante todo, una humanización de la sexualidad, es decir, una renovación espiritual y humana que lleve consigo una nueva forma de comportarse unos con otros, y, en segundo lugar, una amistad auténtica también y principalmente con las personas que sufren; es la disposición, incluso mediante sacrificios y renunciaciones personales, a estar con los dolientes. Éstos son los factores que ayudan y que producen avances visibles. Diría, pues, que la solución estriba en esta doble fuerza nuestra de renovar al hombre en lo interior, de dar vigor espiritual y humano con vistas a un comportamiento justo hacia el propio cuerpo y hacia el del otro, y en esta capacidad de sufrir con los que sufren, de seguir estando presentes en las situaciones de tribulación. Creo que esta es la respuesta correcta, y la Iglesia, al darla, ofrece con ello una grandísima e importante contribución. Damos las gracias a cuantos la aportan»*. Y ahora, con sinceridad y respeto pregunto: ¿Es que estas palabras merecen una reprobación?

Si hoy defiendo estas palabras del Papa lo hago sólo movido por el respeto a la verdad de sus palabras y porque lo que los medios nos están contando estos días es una verdad a medias que es la mayor de las mentiras. Y si yo, y otros fieles de la Iglesia, hablamos ahora así no es «porque cerremos filas con Benedicto XVI», o porque «indignados pongamos el grito en el cielo», como escribió el pasado 2 de mayo Juan Manuel Vida en el diario *El Mundo*, sino, muy al contrario, porque creemos que el mensaje del Papa y la actitud de la Iglesia en este duro problema del Sida se han situado desde siempre, y sólo hay que leer la historia sin prejuicios, del lado de los que sufren y del lado de los que ayudan a combatir el sufrimiento.

(«*El Cruzado Aragónés*», 9 de mayo de 2009).